

CELIA

(Con entusiasmo.) He venido á los infiernos, y no me retiraré sin ver ese antro en que los despojos se transforman, y las cosas muertas resucitan. Vamos allá. (Enlazadas por la cintura, Celia y Ester van delante hacia la calle, seguidas de Leoncio y Pastor. Infinito, haciendo el signo de comer, se va su casa, á cuya puerta se asoma Regina.)

Telón.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Gran almacén de trapos. En el centro y en el fondo del escenario montones de trapos de todas clases. Grupos de mujeres situadas junto á largos table-ros, se ocupan en separar las tres clases de hilo, algodón y lana, para formar con ellos nuevos fardos, que serán expedidos á diferentes fábricas. En lo más hondo de la escena, se ven los aparatos de desinfección, hornos ó calderas. Los grupos de mujeres que hacen la separación del género, están dirigidos por tres capatazas que inspeccionan la labor. A la izquierda una mampara de cristales con ventanillo practicable, tras de la cual está la gerencia y administración del establecimiento. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CELIA, ESTER y Pastor, que entran por el fondo. Las obreras cantan. El telón sube lentamente.

PASTOR

Aquí tienes, Celia, el formidable establecimiento de trapos, fin y principio de industrias colosales.

CELIA

(Observando atónita.) Esto es grande... es también hermoso...

ESTER

Fíjate: esas mujeres están haciendo los tres apartados de trapos: hilo, algodón y lana. (Ordenando á las obreras que moderen su algarabía.)
Ea, señoras; guarden silencio, que hay visita... Yo soy capataza, y ésta que ves aquí es la sección que tengo á mis órdenes.

CELIA

(Maravillada.) Ya comprendo lo que nos dijo aquel señor en la casa de Infinito. Aquí viene el desecho de la vida, y aquí se le prepara y dispone para nuevas industrias.

PASTOR

Nada muere, nada se pierde en la naturaleza; lo que abandonamos por inútil, revive y vuelve á colaborar en nuestra existencia. Los guiñapos de algodón salen de aquí para convertirse en papel, en periódicos, en libros. El hilo revive en librillos de papel de fumar, y los recortes ó retazos de lana vuelven á ser batanados para confeccionar fieltros, alfombras, mantas de abrigo...

CELIA

¿Y de la seda qué hacen?

ESTER

Los recortes de seda son lo que menos vale: el despojo de las cosas elegantes fenece aquí.

CELIA

¡Es asombroso! ¡Cuánto me alegro de ver esto! ¿No me has dicho que conoces á los dueños de esta gran trapería?

PASTOR

¡Ya lo creo! En casa hemos hecho con ellos algunos negocios. Voy á ver si está don Gustavo. (Se acerca al ventanillo y llama.)

DON GUSTAVO

(Mostrándose por el ventanillo.) ¡Ah! ¿Es usted, Pastor? ¿Qué bueno por aquí? ¿qué facha es esa, don José? Parece que no viene usted solo...

PASTOR

Ya le explicaré. Ábrame la puerta y hablaremos.. (Abren la puerta del escritorio y entra Pastor.)

ESCENA II

CELIA, ESTER y OBRERAS. Ester coge dos banquetas y se sientan las dos, una enfrente de la otra.

CELIA

Pero, ¿tú no trabajas?

ESTER

Ahora no. Pronto es la hora de comer, y se suspende el trabajo. Charlaremos un poco.

CELIA

Pero... (Mira á todos lados inquieta y recelosa.)

ESTER

Tú quieres preguntarme algo y no te atreves.

CELIA

Sí, me atrevo. Germán ¿dónde está?

ESTER

Suponiendo que no querrás verle, no le mandé recado.

CELIA

Mándaselo. ¿Y no viene á comer?

ESTER

Comerá en casa.

CELIA

¿Y tú con él?

ESTER

No; yo me quedo aquí para acompañarte. Aquí me traerán la comida... Francamente, Celia; no quiero llevarte á mi casa, que es pobre, muy pobre.

CELIA

¿Y qué me importa la pobreza? (Con gran energía.) Quiero ver á Germán. (Levántase.)

ESTER

Ten calma. (La obliga á sentarse.) Yo le mandaré recado para que venga.

CELIA

(Confusa.) ¿Va y viene cuando tú se lo mandas?

ESTER

Me obedece ciegamente.

CELIA

(Atónita.) ¿Te obedece ciegamente? Un hombre de su inteligencia, de su iniciativa...

ESTER

Sí: el joven de imaginación ardiente, voluntarioso, tornadizo, es ya hombre formal, atento no más que á sus obligaciones.

CELIA

¿Y ese milagro lo has hecho tú?

ESTER

Yo... ¿No lo crees?

CELIA

Doy crédito provisionalmente á lo que me dices... pero necesito verlo. (Suena una campana, señal de que ha llegado la hora de comer. Se suspende el trabajo: fórmanse grupos de mujeres en distintos puntos de la escena, disponiéndose á comer, unas

en mesa, otras en el suelo. Entra por la derecha una chiquilla que le trae á Ester la comida y una botella de vino.)

ESTER

¿Serás tan buena, serás tan humilde que comas conmigo este pobre cocido?

CELIA

Sí, muy á gusto me pongo á tu nivel. He bajado al infierno para ver de cerca las estrecheces de las clases inferiores. Soy en este momento una obrera humilde como tú.

ESTER

Está bien. (La chiquilla pone en una mesita los enseres de comer, cazuela, platos, etc... Ester se sienta frente á Celia y extiende un mantelito muy limpio, pone en él la cazuela y vierte en ella el puchero, disponiéndose á comer el frugal cocido.) Los grandes son grandes hasta cuando se empuqueñecen.

CELIA

(Cogiendo su cuchara.) Este cocidito está diciendo «comedme».

ESTER

Pues comámosle con bendición, y quiera Dios que esta buena armonía entre las dos no se rompa.

CELIA

No se romperá. Y ahora sigue tu cuento.

ESTER

Vuelvo á nuestro asunto.

CELIA

Ante todo, dime si desde que saliste de mi casa habéis vivido juntos Germán y tú.

ESTER

Sí. Expulsados de tu casa, el mismo día nos reunimos Germán y yo en la calle, y nos fuimos á Getafe, á la casa de una prima de él, donde vivimos hasta que se nos acabaron los pocos recursos que él y yo llevábamos. Decididos á trabajar vinimos á Madrid, y tomamos una casita en la calle de Santa Inés. ¡Ay, Celia! No tienes idea de los trabajos y

fatigas que pasamos durante tres ó cuatro semanas, tratando de ganar un pan bien amargo.

CELIA

¡Ay, pobrecilla! ¡Qué pena me das contándome esas desdichas que yo pude evitar!

ESTER

Yo no te acuso, Celia... Tranquiliza tu conciencia, y óyeme lo que voy á decirte. En medio de aquellos horribles afanes, en aquel luchar angustioso por unos mendrugos de pan amarguísimo, yo era feliz.

CELIA

(Asombrada.) ¡Feliz! ¿Has dicho que eras feliz en tu miseria?

ESTER

Sí; porque si todo me faltaba, poseía la ventura más grande para mí: el amor de Germán.

CELIA

(Con amargura y asombro.) ¿Germán te amaba entre tantas privaciones y en esa lucha horrible por el pan? ¿Y tú le dominabas?

ESTER

Sí; á veces con dulzura, á veces empleando esta energía que me ha dado Dios... Tú conoces esa energía, Celia; tú la conoces...

CELIA

Sí, sí; siempre fuiste indómita; tratabas de imponer tu voluntad.

ESTER

Eso, eso. Mi voluntad, más poderosa en los infortunios que en los tiempos prósperos, se sobrepuso al carácter imaginativo, voluble, impulsivo y alocado de Germán. Yo le hice mío, enteramente mío; yo le enseñé la resignación, la constancia en el trabajo, siempre con miras al porvenir; yo le aparté de las combinaciones picarescas para adquirir dinero sin trabajo; yo le libré de la maldad, del crimen. Yo, buscando y rebuscando los mejores acomodos, le traje á la paz y al bienestar modesto de esta soberbia granjería de trapos donde hemos logrado una existencia tranquila y provechosa.

CELIA

¿Crees que será duradera? ¿Tendréis aquí trabajo para mucho tiempo?

ESTER

¡Ay, no sé! Desde ayer corre el rumor de que este negocio pasa á manos de una compañía extranjera que ofrece por él seis millones de reales nada menos.

CELIA

(Meditabunda. Pausa.) Esa no es razón. Podréis seguir sirviendo á los nuevos patronos. Y ahora dime: ¿cómo no se os ocurrió ni á ti ni á Germán, al veros en situación tan miserable, acudir á mí por medio de un recado ó de una carta?

ESTER

¡Acudir á ti! ¡Quiá! Algunas veces, viendonos en la última miseria, pensamos en eso... digo mal: era él quien lo pensaba y me lo proponía; pero yo, que conservaba en mi alma como un fuego sagrado la dignidad de la desgracia, le decía: «No, Germán; á Celia no; á la que nos expulsó de su casa en aquel día

triste, no podemos acudir dignamente.» Una noche en que no teníamos para cenar, insistió Germán en su tema: quería escribirte. Yo me puse furiosa; cambiamos palabras muy vivas; yo le dije que si él no tenía vergüenza, á mí me sobraba esta virtud. Le dominé al fin con mi palabra y mi gesto; creo que llegué hasta pegarle. Germán acabó por darme la razón. No; la pobreza desvalida debía pedir misericordia á Dios, no á los poderosos de la tierra.

CELIA

Pero dime otra cosa: sácame de una duda...

ESTER

¿Qué?

CELIA

¿Cómo es que teniendo tú tanto ascendiente sobre Germán y siendo tu voluntad maestra de la suya, no has conseguido que se case contigo?

ESTER

En ello estamos. Por no tener recursos suficientes no nos hemos casado ya; pero... pronto será.

CELIA

Sí; pronto, pronto. (Entre las mujeres que comen en distintos puntos de la escena se produce un murmullo que corre de grupo en grupo. Algunas, entre curiosas y asombradas, se fijan en Celia.) ¿Qué ocurre?

ESTER

Te han conocido. Entre esas mujeres hay una que sirvió en tu casa. Ya no puedes sostener el incógnito.

CELIA

Me han quitado la careta. No importa.

DON GUSTAVO

(Por el ventanillo.) Ester, un momento.

ESTER

Voy. ¿Qué me querrá? Dispénsame.

CELIA

Aquí te aguardo. (Entra Ester en el escritorio.)

CATALINA

(A sus compañeras.) Os digo que sí. Fué mi ama. ¿Verdad, señora Marquesa, que fué usted mi ama?

CELLA

Sí por cierto.

CATALINA

Y ama también de Germán.

CELLA

También.

CATALINA

¡Y hermana de leche de Ester, de nuestra capataza!

CELLA

¡Justo!

OBRERA 1.^a

¡Qué suerte la de Ester! Y la señora, que es Marquesa, viene vestida como una pobre.

CATALINA

¡Viva la señora Marquesa!

OBRERAS

¡Viva!

CELLA

Callad. ¡Os lo suplico!

ESCENA III

CELLA, INFINITO, GERMAN, OBRERAS

INFINITO

Pasa, Germánicus, no seas vergonzoso, que la timidez no es virtud, sino defecto que afea y desmejora al hombre fuerte.

CELLA

¡Ah, Germán!

GERMAN

Señora...

CELLA

(Como alelada.) Pareces otro.

GERMAN

Y otro soy.

CELLA

Transfigurado estás.

GERMAN

(Ceremoniosamente.) Señora: Bienaventurados son hoy nuestros ojos, al ver que usted se digna descender hasta estos pobres, para iluminarnos con sus bondades, con su gracia, con su...

CELIA

(Risueña.) Germán, ven á mí. (Le alarga la mano. Germán corre hacia Celia y le besa la mano.) Venga usted también, don Pedro.

INFINITO

(Después de besar la mano de Celia.) Ilustre dama desconocida que descendisteis á nuestra humilde morada con disfraz y acento de lugareña, bésoos la mano, y os deseo mil años de vida para bien de estos desgraciados.

CELIA

Ya conozco, Germán, tus vicisitudes... Ya sé por Ester, que en vuestra miseria sois dichosos, y que... no os habéis casado ya por falta de recursos.

GERMAN

Así lo quiere ella, señora, y así ha de ser. Ester, voluntad poderosa, cariño fuerte, ha sometido mi caprichosa y voluble inteligencia. Me enseñó á trabajar, á resignarme; me apartó del vicio: acaso me libró del crimen. Le pertenezco.

CELIA

Es tan cierto, Germán, que su amor y su voluntad rigen tu vida, que al escucharte me parece que la escucho á ella, que hablas con sus palabras.

GERMAN

Así es.

CELIA

Y óyeme tú á mi ahora, Germán. Mientras tú y Ester erais tan desdichados, la que os lanzó á la miseria no era feliz: no lo es todavía. (Se enjuga una lágrima. Pausa.) Pero todo tiene al fin, amigo mío, la debida reparación. Yo he bajado á este infierno para consolar á los que ofendí; para redimiros á ti y á Ester, dándoos un bienestar permanente y seguro.

GERMAN

Señora y ama mía: Dios le pagará tan buena acción. (Le besa nuevamente la mano. Sale Ester á tiempo de verlo.)

ESCENA IV

Dichos; ESTER

ESTER

¿Eh? Germán, ¿tú aquí? ¿Qué haces?

GERMAN

Besar la mano generosa de nuestra protectora.

ESTER

(Con repentino impulso de celos.) ¿Protectora?

GERMAN

Protectora, sí.

CELIA

No me mires de esa manera, hermana. Te engañas en lo que adivino que piensas. Te

juro que te engañas. Pronto has de convencerte. (Entra resueltamente en el escritorio.)

ESTER

(Enérgica.) Ven acá, tú, Germán.

GERMAN

Mujer, déjame.

ESTER

Ven acá. Habla. ¿Qué ha sido esto? En cuanto has visto á la señora, has perdido el juicio, ¿verdad?

GERMAN

No delires.

ESTER

No deliro, no, Germán. Temo por ti, por mí. Empleé toda mi paciencia y todo mi cariño en apagar en tu alma la ardiente ambición de grandezas, y ya te tenía por mío para siempre, cuando aparece de improviso Celia á encender en mi pecho esta duda, á renovar en el tuyo el pasado incendio.

INFINITO

Ten juicio, Ester.

GERMAN

Ten juicio. Los celos te trastornan. Juzgas mal á Celia, que no ha venido aquí más que á favorecernos á todos. (Disponiéndose á arengar á las obreras.) ¡Compañeras, oidme vosotras un instante!

ESTER

Ya está en funciones el rui señor parlero... ¡No le hagáis caso!

INFINITO

¡Cállate, loca!

GERMAN

(Con acento oratorio.) Esa noble dama dotada de excelsas virtudes y favorecida por su nacimiento con inmensa fortuna, no pone diques á su piedad cuando se trata de favorecer á los desheredados. No solicitéis nunca sus favores con escándalo y vocerío, que ella es maestra en practicar con arte silencioso la dulce caridad. (Gran vocerío de las mujeres. Infinito, entusiasmado, abraza á Germán.)

INFINITO

¡Ah, Germánicus! ¡Admirable y sobrenatural Germánicus!

ESCENA V

Dichos; LEONCIO, que sale del despacho.

LEONCIO

Pero ¿qué algarabía es ésta? Callad todos y oidme: Ordena el señor Cross que se suspenda el trabajo esta tarde.

OBRERAS

¿Qué? ¿Qué es eso?

LEONCIO

Que no hay más labor esta tarde.

ESTER

¿Por qué?

INFINITO

¿Qué pasa?

LEONCIO

Que ahí dentro se está tratando de un asunto importante que quizás cambie en un momento la marcha de esta industria.

ESTER

Explíquese. ¿Es cosa de Celia? Sin saber por qué, estoy en ascuas.

INFINITO

Diganos si ese asunto interesa á los habitantes de la costra terrestre, ó si es una emanación difusa de los espíritus que pueblan los espacios interplanetarios.

LEONCIO

De realizarse, sus beneficios alcanzarán á todos vosotros.

ESTER

¿A todos? ¿A mí también, Leoncio? ¿Está usted seguro? (Siguen hablando bajo.)

OBRERA 1.^a

(A sus compañeras.) Oid, oid: se me ocurre una cosa.

CATALINA

¿Qué?

OBRERA 1.^a

Que tenemos la obligación de cumplir con la señorita Marquesa.

OBRERAS

¡Si, si!

OBRERA 1.^a

Pues venid; veréis lo que he pensado. (Hacen mutis Catalina y varias obreras.)

LEONCIO

¡Qué voluntad, qué energía y qué entendimiento! ¡El alma de esa mujer es grande!

ESTER

Ya no la admiras tú solo, Germán. ¿Qué ha hecho?

LEONCIO

Ha tenido un rasgo admirable. Al anunciarle el señor Cross que una casa francesa ha ofrecido por el traspaso de este negocio un millón quinientos mil francos, se puso en pie, y dijo echando lumbre por los ojos: «la casa

es mía; yo doy á ustedes un millón setecientas mil pesetas».

INFINITO

¿Y sabes tú, Leoncio, sabes tú, Germán, que la linda millonaria es soltera?

LEONCIO

¿Y qué nos importa? No se ha de casar con ninguno de nosotros.

ESCENA VI

Dichos; PASTOR, CELIA, DON GUSTAVO

CELIA

(Saliendo del despacho.) Yo no tengo más que una palabra, señor Cross. Compró la trapería, la fábrica de la Roda y todos los inmuebles anejos á esta gran industria. ¿Lo oye usted, Leoncio?

LEONCIO

Lo oigo y me alegro de ello, señora. El capitalismo, seco y egoísta comúnmente, en usted se trueca en virtud sublime, porque

sin duda procede usted así mirando al bienestar de las clases trabajadoras.

CELIA

¿Usted qué sabe?

LEONCIO

Lo supe esta mañana al enterarme de la inaudita generosidad de usted.

CELIA

Eso no vale nada.

LEONCIO

Me quitó usted los sobres que tenía para mandar á los compañeros, y con donosa travesura repartió usted entre éstos cerca de veinte mil pesetas; pero créame usted, señora: la caridad, por grande que sea, no resuelve el problema que á todos nos conturba, ricos y pobres. La plebe laboriosa no se redime sólo por la caridad.

CELIA

¿Pues qué más necesita la plebe laboriosa?

LEONCIO

Justicia, señora.

CELIA

Y la justicia, ¿dónde está?

LEONCIO

Yo no la veo por ninguna parte. Si los seres privilegiados como usted no nos traen siquiera un destello de esa luz eterna, no veo más que tinieblas, no encuentro la salida de este laberinto.

ESTER

Tiene razón Leoncio. Señora y hermana mía: justicia es lo que te pedimos.

CELIA

¿Tú también?

ESTER

Si; yo la primera.

CELIA

¡Descuida! Sabré hacerla, y pronto.

PASTOR

Ten serenidad, hija mía; procede como quien eres, olvidando resentimientos que rebajarían tu dignidad: arráncate aquella espina...

CELIA

Ya me la arranqué. Me ha dolido, pero el dolor pasó, pasó...

ESCENA VII

Dichos; CATALINA y COMISIÓN DE OBRERAS

OBRERA 1.^a

¡Atrévete, anda!

CATALINA

Vaya si me atrevo: verás. Señá...

OBRERA 1.^a

¡Señoral

CATALINA

Señora Marquesa... aquí venimos...

OBRERA 1.^a

A traer...

CATALINA

A vucencia este pobre obsequio... en holo... holo...

OBRERA 1.^a

Holocausto...

CATALINA

En holocausto á... en señal de...; ¡vaya! que no sabemos decirlo.

OBRERA 1.^a

Ahí el señor Leoncio hablará por nosotras.

LEONCIO

Aceptad, señora, este ramo, más que como señora, como compañera, pues habéis endulzado las amarguras de los menesterosos, y adquiris el almacén y la fábrica para uniros en lazo familiar con los trabajadores.

CELIA

Y para algo más, Leoncio. Añada usted que

en la escritura que firmaré mañana, me obligo á dar participación en los beneficios de esta industria á todos mis obreros, y á establecer pensiones para los que por su avanzada edad se retiren del trabajo.

LEONCIO

Sois la gloriosa iniciadora de una feliz concordia entre las clases altas y las clases humildes. Vivid mil años, ilustre y santa mujer.

OBRERAS

¡Viva, viva!

CELIA

Pero impongo condiciones. Habéis de ser desde hoy, compañeras mías, en el taller laboriosas y diligentes, en el hogar solícitas y hacendosas, y siempre virtuosas y honradas. Ya lo sabéis. ¡Se prohíben las uniones ilícitas! Y aquellas de vosotras que así vivieren, han de contraer matrimonio civil ó religioso inmediatamente. Y según la cábala del señor Infinito, la primera que ha de hacerlo es Ester.

CATALINA

Eso! Que se case con Infinito.

INFINITO

Conmigo no, ¡rediez! Antójaseme, Germánicus, que con quien la casan es contigo.

CELIA

Afirmalo, Germán. Dilo que el esposo de Ester eres tú, que la diste palabra de matrimonio.

GERMAN

Se la di y la cumpliré. Si no la cumpliera, ella no me dejaría vivir.

ESTER

Perdona, Celia. En mi delirio te juzgué menos buena de lo que eres.

CELIA

Coloco á Germán al frente de la administración de la Roda. Podréis vivir allí tranquilos y felices; y yo, aquí, si no feliz, tranquila.

ESTER

¡Dios te bendiga, hermana!

CELIA

Y ahora, no teniendo nada que hacer aquí, me vuelvo á mi cielo.

PASTOR

Ya es hora, hija mía; tus buenos tíos te esperan impacientes, y... yo me canso de andar por las calles vestido de máscara.

LEONCIO

En aquel cielo, señora mía, también hay condenados.

CELIA

Y penas horribles, ¿á quién se lo cuenta usted? Como en este infierno de la miseria hay también santos... y antes de volver á mi casa quiero dejar un recuerdo mío á estos dos santos del infierno. (Coge del ramo dos rosas.) Para usted, señor Infinito, esta rosa blanca, que vale por una pensión para el resto de sus días, y para usted, Leoncio, esta rosa encarnada, que representa un viaje por el extranjero, para completar sus estudios de la cuestión social.

LEONCIO

Acepto, señora, porque no me favorece la millonaria, sino la primera de nuestras entidades industriales.

CELIA

Eso quiero ser. La gran industrial y la gran obrera.

INFINITO

¡Padre nuestro que estás en los cielos, al fin te apiadas de este pobre loco!

CELIA

Y adiós, amigos. Vamos, Pastor.

PASTOR

¡Gracias á Dios!

INFINITO

Celestial criatura, adiós.

LEONCIO

Cuando usted me lo ordene saldré de España. Ya no volveremos á vernos.

CELIA

¡Quién sabe! En estos infiernos he aprendido mucho; en los infiernos y en los cielos de otros países aprenderé mucho más, y al volver á mi patria...

PASTOR

Al volver á tu patria, hija mía, ocúpate en labrar tu propio bien, tu propia ventura.

CELIA

¡Ah! Mi felicidad, sí... Por lo que voy viendo, la única felicidad que Dios me concede consiste... en hacer felices á los demás... (Vivas y telón.)

FIN DE LA COMEDIA

TRADUCCIONES

En inglés:

Doña Perfecta, a tale of modern Spain.
Traducción de D. P. N.—London, Samuel Tinsley, 1886.

Idem. Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1885.

Idem. New-York, 1884.

Idem. Traducción de D. P. W. New-York, George Munro, Publisher, 17 á 27, Vandewater Street, 1885.

Gloria. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1882.

Idem. Traducción de Nathan Wetherell. London, Remington and Co, 5, Arundel Street, Strand, W. C., 1879.

León Roch. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1888.

Marianela. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11 Murray Street, 1883.

Idem. Traducción de Helen W. Lester. Chicago, A. G. Mac-Clurg and Company, 1892.

Trafalgar. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 1884.

Zaragoza. Traducción de Mimma Caroline Smith. Boston, Little, Brown and Company, 1899.

La batalla de los Arapiles. Traducción de Kollo Ogden. Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1895.

En francés:

Doña Perfecta. Traducción de L. Lugol. París, Giraud, 1885.

Idem id. id. París, Hachette.

La campaña del Maestrazgo (Le Roman de Sœur Marcela). Traducción de L. de L***. París, Calmann-Levy, Editeurs, 5, rue Auber.

Marianela. Traducción de Julien Lugol. París, Librairie des publications à 50 centimes, 54, rue de la Montagne-Sainte-Geneviève.

Idem. Traducción de A. Germond de Lavigne. París, Librairie Hachette et C^{ie}, 79, Boulevard Saint-Germain, 1884.

El amigo Manso. Traducción de Julien Lugol. París, Librairie Hachette et C^{ie}, 79, Boulevard Saint-Germain, 1888.

Misericordia. Traducción de Maurice Bixio. París, Librairie Hachette, 1900.

En alemán:

Doña Perfecta. Dos tomos, traducción

de J. Reichell. Dresde y Leipsich, Pierson's Berlag, 1886.

Electra. Traducción de Rudolf Beer. Wiener Verlag, 1901.

Idem. Traducción de Rodolfo Beer, arreglada para la escena alemana por Ricardo Fellner. Berlín, 1901.

Gloria. Traducción del Dr. Augusto Hartmann. Berlín, Verlag von L. Schleiermacher, 1880.

El amigo Manso (Freund Manso). Traducción de E. von Buddenbrock. Berlín, Verlag von Karl Siegesmund, 1894.

Trafalgar. Traducción de Haus Parlow. Dresde y Leipzig, Verlag von Carl Reitzner, 1896.

Marianela. Traducción de E. Plücher. Breslau, Auerhaltungsblatt, 1888.

En sueco:

Doña Perfecta. Traducción de K. A. Hagberg. Stockholm, Skoglunuds Förlag.

León Roch. Traducción de A. P. de la Cruz Frölich. Kjöpenhaun (Copenhague). Forlag. Andr. Schous, 1881.

Torquemada en la hoguera (Torquemada paa baalet). Traducción de Johanne Alleu. Cristianía y Copenhague, Forlag A. Christiansens, 1898.

En italiano:

Nazarin (Sicut-Christus). Traducción de Guido Rubetti y José Leon Pagano. Firenze, G. Nerbini.

Gloria. Traducción de Italo Argenti. Firenze, R. Bemporad & Figlio, 1901.

Marianela. Traducción de G. Demichelis. Bologna, Tipografia Pont. Mareggiani, via Volturno, 5, 1880.

La Fontana de Oro. Traducción de Denuchelis. Milán, Fratelli Treves, 1890.

Doña Perfecta. Traducción de Cunes. Milán, Fratelli Treves, 1897.

En holandés:

Doña Perfecta. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1885.

Electra. Leiden, A. H. Adriani, 1901.

En portugués:

Electra. Traducción de Ramalho Ortigao. Oporto, librería Chardron, de Lello & Irmao, editores, 1901.

En dinamarqués:

Fru Perfecta. Traducción de Gigas. Copenhagen, Priors, 1895.

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales oscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and introduction, by *F. A. Kirkpatrick*. *University Press*: Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes*: Boston, 1903.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh*: Boston and London, Ginn and C^o, 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridley Bunnell*. *American Book Company*: New-York, 1902.

El Abuelo (en prensa): New-York.